

# ¿Ritos de iniciación?

Lucía Rivadeneyra

**U**n reto para el día de hoy es iniciar o continuar el camino de la ruptura de falsas expectativas, adornadas con halos mágicos que entorpecen la sexualidad, en virtud de que ofrecen un mundo totalmente alejado de la realidad.

Si mal no recuerdo, hace alrededor de tres décadas, un comercial de productos “para nosotras las mujeres”, transmitido por televisión ofrecía las siguientes imágenes y frases: “Cumplió quince años” (la modelo, peinada de *colitas*, se asustaba con su peso al verlo en una báscula); “se va a casar” (la modelo gozaba una despedida de soltera); “ya se casó” (imagen obvia); “ya tuvo un niño” (imagen obvia); “ya tuvo dos... y pasa el tiempo (la modelo...)”.

La forma en que en esos años se cerraba el círculo de acontecimientos importantes para una mujer, se reducía a las actividades que tenía en función de otro o de otros. El anuncio, por desgracia, no estaba lejos de la realidad. Así transcurría la vida de miles de mujeres.

Este comercial no resulta ajeno a las invitaciones de boda que circulan en pleno 1999, y que dicen más o menos lo siguiente: “Yo Fulano *te tomo a ti* Zutana que hoy eres la novia, mañana la esposa y después la madre”. Así dicen, lo juro, no es broma. Si no lo crees, espera a recibir una o visita cualquier imprenta.

A través de la historia, por lo menos de la occidental, a mujeres y hombres nos han hecho creer que la felicidad es de cierta manera. Que la vida de las parejas puede ser mágica y presenta circunstancias casi épicas; entre otras muchas historias está la leyenda que envuelve al primer beso, el primer amor, la noche de bodas, el matrimonio, la maternidad... y si bien es cierto que en algunos sec-

tores ya no se cree a ojos ciegos en estos aspectos porque se tienen otras expectativas, una gruesa capa de la población, –femenina y masculina– sí cree en ellos.

En términos generales podríamos afirmar que miles de seres humanos todavía van rumbo a una felicidad prometida por la familia, los medios de comunicación, los amigos, etcétera, y cuando los abren es porque se dieron cuenta que ésta no existe o al menos no existe como se las platicaron. Muy pocos recuerdan o confiesan que todos los sueños se esfumaron cuando supieron, los que supieron, que las leyendas, leyendas son.

Tú, lectora o lector, pregunta a tus amistades qué recuerdo tienen del primer beso, y si contestan honestamente la mayoría dirá que fue decepcionante, ya sea porque se veía mejor en las películas o hubo un franco rechazo o una aceptación forzosa. Es difícil que una persona diga que fue una de las mejores experiencias de su vida amorosa. He aquí algunas respuestas de mujeres de diferentes edades y profesiones:



Rotmi Enciso

“Yo creía que los besos eran como los de las películas que había visto, bueno las de mis tiempos, allá por los cincuenta. Yo veía que juntaban los labios y ya. Pero mi primer novio ya debe haber tenido alguna experiencia y cuando metió la lengua en mi boca sentí asco. Todavía no sé como no vomité”. Edith, 55 años.

“Yo no sabía cómo eran los besos de lengüita, así les llama mi madre. Lo que sí sé es que el primero no me gustó. A lo mejor porque no estaba muy enamorada”. Ernestina, 43 años.

“De la pura emoción no podía dormir, no sé si fue por la sorpresa o porque me gustó. En realidad nunca me había puesto a pensar qué tan agradable fue porque en lo que más pensaba era en que ya había crecido, que ya empezaba a tener experiencia en la vida. ¡Imagínate! aunque... viéndolo bien sí forma parte de mi experiencia”. Adela, 44 años.

“Pues mira, sí me gustó, pero me lo esperaba mejor. No estuvo mal, pero estuvo mejor después. Fue a los trece años”. Mónica, 18 años.

Otro tema que genera controversias, depresiones, chistes, películas y más, es el relativo a la *noche de bodas*, que mucho tiene de estereotipo, ya que –se dice– es la mejor noche en la vida de una pareja y esta creencia se refuerza día a día en cualquier tipo de espacios. El siguiente, es un caso real:

Clara es comunicóloga y tiene treinta años. Hace unos meses invitó a desayunar a sus amigas más cercanas, para informarles que se iba a casar. Después de que hablaron de la crisis del país y de la inseguridad pasaron al tema

en cuestión: los preparativos de la boda, los gastos, los trámites, los paquetes de viajes... pero de pronto habló del paquete más grande que tiene que cargar, casi a quemarropa dijo: “Aunque no lo crean necesito que me orienten porque soy virgen y no sé qué hacer en mi noche de bodas”.

Sus amigas prácticamente perdieron el habla. Si Clara nunca había mencionado el tema, pensaron, era porque no había necesidad. Primero trataron de consolarla. Le dijeron que su problema era severo, pero con solución. Ella lloró de rabia y de impotencia, arrepentida de estar con un *numerito* de ese tamaño encima, el cual décadas atrás hubiera sido el orgullo de madres y abuelas.

Inolvidables son aquellas frases “señorita, aunque le cueste trabajo”, “señorita que mi trabajo me ha costado”, (y vaya que si les costaba trabajo). Para demostrarle a Clara que podría enfrentar la situación, sus amigas le relataron experiencias propias y ajenas, no precisamente *de película*:

“¿Qué fue para mí *la noche de bodas*? ¿La seducción en un cuarto de hotel de precio escandaloso, el brindis con champaña de una pareja sin un rasgo de cansancio, el *babydoll* negro, la luna llena con la playa y el mar? ¡Ni madres!, aparte de que teníamos relaciones sexuales desde hacía como un año, Esteban se emborrachó de tal forma que perdimos el avión. Nos quedamos en un hotel de la ciudad y lo único que hizo en toda la noche fue no dejarme dormir... pero porque roncó como un león” Cristina, politóloga, 32 años.

“A mi no me fue mejor. Miguel y yo habíamos tenido otros amores y, por supuesto, aunque ya nos habíamos acostado como que me hacía ilusión estar con él sin ver el reloj, pero se nos ocurrió irnos a un crucero y los dos nos la pasamos mareadísimos las primeras veinticuatro horas y en ellas estaba incluida la primera noche, en la cual por cierto, no pudimos brindar ni con agua, incluso al día siguiente todo me daba asco”. Mariana, intérprete traductora, 31 años.

“Más que *noche de bodas* para mí casi casi fue como cualquier otra porque Arturo y yo ya teníamos años y como no hicimos fiesta, no hubo nada espectacular. Mejor les cuento de mi famosa primera vez, que sí fue inolvidable. Verán el porqué. Tenía diecisiete años, según yo había leído mucho sobre sexo,



me había fajado con el galán y creí estar lista y preparada para que fuera padrísimo, y creo que yo lo estaba. Pero él, hoy lo sé, no tenía la menor idea de nada, lo único que tenía era instinto animal, todo fue rapidísimo. Ya para salir del cuarto revisó la cama y lo único que dijo fue: 'Tú no eras virgen porque no sangraste'. Me puse a llorar. Entre gritos y silencios me dejó en mi casa. Después ni me buscó ni lo busqué. Y ya han pasado quince años".  
Laura, modelo, 34 años.

"Yo sí me la pase bien. La primera vez con un galán que me fascinaba, y bueno la inexperiencia es la inexperiencia, pero por algo se empieza. Y la primera noche con mi marido que no era la primera, pero sí la de bodas, llegamos a dormir al depa que teníamos a medio poner, para al otro día irnos a Ixtapa. Y como nos habían dicho 'una casa puede funcionar con estufa, mesa y cama' así empezamos. Lo chistoso fue que olvidamos las llaves. Tuvimos que regresar a la fiesta a pedirselas a mi hermano. Ya como a las cuatro de la mañana empezó lo bueno. La única certeza que me quedó es que el cansancio adormila el deseo, esa noche o más bien madrugada, no hubo más de un intento". Pilar, 30 años, diseñadora.

"Lo mío es muy simple, mi anécdota es que en *la noche de bodas* los dos estábamos tan cansados que a la mitad del faje nos quedamos dormidos. Además, ya estaba embarazada de tres meses. Mi esposo fue mi primer amor con sexo. La primera vez salimos de su casa, llegué a la mía, me acosté y me dije 'tanto escándalo para esto'. Claro que con el tiempo hemos mejorado. Elsa, 35 años, agrónoma.

Entre otros relatos, escuchados durante el desayuno de Clara, los siguientes dos parecen historias sacadas de un libro de horror: Una mujer que hoy tiene sesenta años y no olvida que su hombre-macho estuvo dispuesto a demostrar su virilidad, al menos los primeros días y durante dos seguidos no salió del cuarto. La mujer creyó -al principio- que a partir de *la noche de bodas* tenía que aceptarlo todo. Pero al tercer día el que aceptó llevarla al médico fue el marido, ya que debido al nivel de esco-riaciones en los genitales la señora no podía ni caminar.

Otro caso, fue el de una mujer que hoy tiene sesenta y cinco años y diez hijos. Se casó a los quince y creía que los niños venían de París. Cuando se quiso dormir con un camisón largo, de seda, literalmente, le cayó encima un marido indómito. Al sentir la agresión quiso



Rotmi Enciso

salir corriendo de la casa. Por supuesto él no la dejó, la golpeó. Al día siguiente, los restos de *la noche de bodas* fueron varias macetas rotas, unas sábanas manchadas de semen, lágrimas y sangre, y un rencor que aún no desaparece.

No sabemos cuándo empezó el mito de que la felicidad sexual se da a partir del matrimonio, ni de que los principios son el éxtasis. Lo que si sabemos es que estas creencias engrosan la leyenda. Una sociedad como la nuestra, desbordadamente cachonda, pero terriblemente temerosa; deliciosamente débil para el hedonismo, pero bestialmente culposa; impudicamente alegre en las fiestas, pero iné- ditamente seria en la cotidianidad, hace que la tímida pero eterna búsqueda de la plenitud provoque *caer en la tentación*, lo cual no siempre nos hace más libres, porque sufrir el proceso de la culpa es una tortura. Peor aun cuando la culpa nos hace inventar un castigo *merecido* por haber gozado, y peor mucho peor cuando padecemos miedo al placer, en una circunstancia como la que vivimos hoy en día, en donde las carencias sí pueden generar pánico.

Testimonios como los anteriores son en verdad inolvidables. Bien pueden ser un punto de reflexión para alejarse de mitos y acercarse a la realidad del cuerpo y del cerebro, para poder tener una sexualidad espontánea, fresca dinámica, ejercida desde la libertad. En otras palabras aspirar a ser seres humanos libres de culpa y poder lanzar la primera de muchas piedras. 